

Gamberros con pólvora

Hay muchas formas y maneras de practicar el gamberrismo, lo que equivale a decir gamberro se halla situado a todo lo largo de la escala social. Y lo más chocante del caso es ver como la gente ignora la gran facilidad que uno tiene de pasarse al gamberrismo por poco que descuide el porte y educación de su persona. Gentes muy honorables y atildadas durante el día pueden por la noche convertirse en espíritus alocados y tenebrosos.

Lo mismo puede hacerse de gamberro a pie atropellando cualquiera de nuestras públicas dignidades, que empujados en un coche hacer sonar el claxon alocadamente o correr por la carretera con alma de diablo.

Las pasadas verbenas de San Juan y de San Pedro han descubierto como siempre el gamberrismo de mucha gente que en tales noches sale a la calle con alma y vocación de petardistas. Hay que ver lo mucho de malo que el hombre hace cuando a su antojo le dejan un gramo de pólvora. Concretamente la noche de San Pedro pudieron algunos divertirse disparando un verdadero alud de cohetes entre la una y las dos de la madrugada. Aunque noche verbenera, estas horas nos parecen completamente intempestivas para dedicarse a expansiones tan detonantes.

Pero este es el caso de cada año. Y lo más triste es que para estas verbenas no existe, por lo visto, remedio.

SAN FELIU
DE GUIXOLS
5 JULIO 1956

ANCORA

Correo de las
LETRAS

“Las ruinas de mi Convento”

(ACLARANDO)

En un artículo publicado en el N.º 438 de «ANCORA», se refiere el excelente escritor Sr. J. V. A. a las dudas que en otros tiempos suscitara la paternidad de la celeberrima obra «LAS RUINAS DE MI CONVENTO». Al respecto, me parece un deber sacar a luz cierto preámbulo que figura en la Octava Edición de aquella, perteneciente al año 1.899, de la casa Luís Tasso, de Barcelona, «y en la que, como en la Séptima Edición, figura el retrato de D. FERNANDO PATXOT» según el cual queda, a mi entender, aquel extremo bien definido. Veamos:

... «El secreto que envolvía el nombre del autor de «LAS RUINAS DE MI CONVENTO» subsistió durante la vida de éste; pero, a raíz de su muerte, acaecida hace ya cuarenta años, se hizo público en una corona fúnebre a su memoria dedicada. Posteriormente, en la Séptima Edición de esta obra, publicada en 1.876, no solo se lee en la portada «Obras de Don Fernando Patxot», sino que además figura en ella el retrato de éste de exacto parecido, y el facsímile de su firma. Sin embargo, se ha insistido en buscar el nombre del autor, atribuyendo la paternidad de la obra a quien mejor les ha parecido a los investigadores.

No hace mucho tiempo, una publicación extranjera onunció que había descubierto quien era el autor de «LAS RUINAS» y sacó a plaza el nombre de una persona fallecida hace tiempo, y esta invención encontró eco en algunos periódicos españoles. A los que conocemos la verdad y deseamos que resplandezca, a los que hemos visto a Fernando Patxot escribir «LAS RUINAS», y hemos leído el original antes de ir a la imprenta, nos asombran y dan grima a la vez, los esfuerzos y la astucia del error para infiltrarse y prevalecer.

¿Qué se pretende? ¿qué idea se persigue atribuyendo hoy a uno y mañana a otro la paternidad de «LAS RUINAS DE MI CONVENTO»? ¿es acaso que a algunos les pesa que haya sido un seglar y no un religioso quien tal libro escribió? No queremos ahondar en

este punto: nuestro objeto se reduce como hemos dicho, a que la verdad resplandezca, y para lograrlo nos bastarán pocas palabras. No hablaremos del estilo, que no admite duda comparado con otros escritos indubitables de Fernando Patxot, ni repetiremos que existe el original escrito de puño y letra de este; nos limitaremos a decir que la demostración de lo que afirmamos se encuentra en la misma obra. Algunos episodios de las RUINAS pertenecen a la biografía de Patxot; pero lo más notable y contundente porque se demuestra con documentos oficiales, se encuentra en MI CLAUSTRO. En el capítulo IX de esta obra, cuando Sor Marta refiere su historia y habla de sus hermanitos, fallecidos en tierna edad, les da los nombres de Luis, Enriqueta, Pepita, Conchita y Juanita, que son precisamente los que llevaban los cinco hijos de Patxot, fallecidos antes de que éste escribiera LAS RUINAS y a la edad que a cada uno de ellos asigna Sor Marta. Esto, que puede comprobarse fácilmente, no deja lugar a duda, porque no puede en manera alguna atribuirse a la casualidad, ya que se trata, no de un solo nombre, sino de cinco y de otras tantas edades.

Una sencilla observación y concluimos:

¿Por qué los que tanto empeño han manifestado en descubrir al autor de LAS RUINAS DE MI CONVENTO no han acudido a las fuentes únicas en que puede encontrarse la verdad? ¿Por qué no han pedido datos al editor de la obra? ¿Por qué, publicada la séptima edición de ésta, no han tratado de comprobar la certeza de lo que en la portada de la misma se afirma? Pues si esto que es tan natural y sencillo han omitido, lícito ha de sernos suponer que los investigadores no han hecho otra cosa que tomar un nombre a medida de su capricho y lanzarlo al público, diciendo: aquí va el autor de LAS RUINAS DE MI CONVENTO. Y esto no podía pasar sin correctivo . . .»

Creo que no hace falta indagar. Algo tendrá el agua cuando la bendicen.

J. Soler Cazeaux.